

Sobre entrevistar militantes y activistas



Pablo Pozzi

Toda entrevista es una construcción compleja, llena de tensiones, que se encuentra tamizada por los prejuicios de ambos entrevistador y entrevistado, además de la realidad socio-cultural de cada uno. Si esto es cierto, en términos generales, lo es más aún cuando se entrevistan “izquierdistas” latinoamericanos. Gran parte del problema es que, por lo menos en América Latina, Williams tiene razón cuando señaló que

La idea de rebelde aún lleva en su seno una fuerte valoración positiva, aunque de hecho los rebeldes son pocos. El rebelde se asemeja al miembro en cuanto tiene un vigoroso compromiso personal con ciertos objetivos sociales, una identificación positiva de su existencia personal con un patrón específico de iniciativa social¹.

Esto implica que tanto el entrevistador como el entrevistado están imbuidos de una sensación donde la construcción de la entrevista tiene (o puede tener) una trascendencia más allá de lo académico o de la transmisión de una experiencia personal. Como tal, ambos se sienten realizando una actividad que tiene objetivos, por lo general no explicitados, de relatar una historia para “que la hagamos mejor” o para que “no se pierda la historia de nuestra lucha”, o para que “aprendan las próximas generaciones”. Asimismo, el entrevistador tiende a considerar al entrevistado como alguien que es portador de una experiencia militante, histórica y social “importante”. Lo anterior influye fuertemente tanto en la selección de entrevistados, como en la realización de la entrevista y en su posterior análisis; o sea, en todo el proceso de hacer una historia oral de estos militantes y activistas.

Si bien es recomendable que toda entrevista sea preparada cuidadosamente, en el caso de entrevistar “izquierdistas” militantes esto cobra aun más importancia y tiende a definir el curso y el desarrollo de la realización en sí. Previo a la realización, es fundamental conocer el período histórico, tener noción del submundo izquierdista y su estructura, e inclusive tener un buen manejo del léxico (el “argot”) del sector al cual pertenece el entrevistado. Esto se refiere a dos cuestiones que se encuentran interrelacionadas. La primera es, efectivamente, que se pueda desarrollar una empatía entre entrevistador y entrevistado. Se trata de tener coordinadas para mantener el flujo y profundizar la entrevista; reconocer conceptos y palabras clave que pueden indicar aspectos centrales de lo que se está diciendo; y también para no perder el control de la misma. La segunda cuestión es tanto o más importante que la primera: el entrevistado “espera” que el entrevistador sepa de qué y con quién está hablando. Se supone que el investigador “sabe” y eso hace al respeto y a la profundidad con la que se desarrolla la entrevista. Por ejemplo, ante una pregunta compleja, un

1. Raymond Williams. *La Larga Revolución*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, 2003 [primera edición 1961]. Págs. 94 y 98.

2. Entrevista de Pablo Pozzi a José Antonio Gómez, realizada en Buenos Aires, 22 de febrero de 1993.

entrevistado se detuvo, pensó y señaló: “Déjame pensarlo bien porque me conoces demasiado y no te puedo mentir”². Esto implica que si el testimoniante percibía que el entrevistador “no sabía” quizás hubiera mentido o por lo menos recordado la información y silenciado aspectos. Evidentemente, esto hace referencia al conocimiento de la persona, cosa que no necesariamente es cierta en todos los casos. La gran mayoría de las veces el entrevistador solo tiene una noción de quién es el entrevistado y qué puede aportar al proyecto que está desarrollando. En este sentido, existe un desconocimiento parcial (o mayor) del individuo y de su historia militante en particular. Sin embargo, un buen conocimiento de la época, de la izquierda (con sus siglas y eventos), y de la organización en la que militó (o milita) establece límites concretos a lo que puede ser una “invención” y permite establecer parámetros concretos tanto para hacer preguntas como a las respuestas obtenidas. Asimismo, este conocimiento permite realizar preguntas y guiar la entrevista, aun si el conocimiento específico sobre el entrevistado es escaso.

En general, los posibles entrevistados son obtenidos ya sea por recomendación de terceros (“técnica bola de nieve”), porque el entrevistador lo conoce personalmente, o porque, habiéndonos topado con una referencia a la persona, pensamos que puede ser útil o “interesante” en cuanto a aportes al proyecto de investigación. El acceso a los entrevistados tiende a ser, casi siempre, un producto de decisiones personales y no necesariamente de una fundamentación científica. Esto cuenta con la ventaja de que tenemos referencia o “conocemos” al entrevistado. Pero también, tiene el problema central de que los prejuicios y preconceptos del entrevistador pueden viciar la entrevista. Una buena preparación puede servir como un contrapeso a las limitaciones de los problemas derivados de los supuestos previos.

La entrevista en sí parte tanto de los objetivos establecidos por el proyecto inicial como de la relación con el entrevistado. Todos entrevistamos a alguien porque suponemos que nos va a aportar algo útil a nuestra investigación. El entrevistado accede a hablar con nosotros tanto por una serie de objetivos que trascienden la entrevista (por ejemplo, el transmitir su experiencia para generaciones futuras, o el rescate de una organización o lucha determinada). Esto conlleva una situación de tensión y posible conflicto entre los objetivos de ambos, lo que se pregunta y lo que se quiere decir, la tradición y el mito militante y la realidad, entre la percepción actual y la que existió en su momento histórico.

Como bien señalaron Pasquali, Ríos y Viano³, el entrevistador debe tomar en cuenta si los entrevistados son “primerizos o avezados”. Ellos explicaron:

Es que en reiteradas ocasiones los que hacemos historia oral sobre ese periodo recurrimos en primer lugar a quienes han sido figuras significativas, dirigentes sindicales de sindicatos combativos, miembros de las conducciones de organizaciones armadas, partidos de izquierda o activistas de derechos humanos, en suma, personajes de primera línea en sus respectivos ámbitos de militancia. Y esos testimonios han sido requeridos insistentemente. [...] los y las militantes que han ocupado cargos dirigenciales encontramos mayor tendencia a reproducir una “historia oficial”; que resulta en una historia que se torna repetitiva. [...] La narración de sus experiencias no puede escindirse de la construcción de un mito sobre sí mismos, mito alimentado fuertemente a su vez en su(s) grupo(s) de referencia⁴.

De hecho estas entrevistas son, en apariencia, más “fáciles”. Los relatos son claramente expuestos, tienen secuencia lógica, e inclusive sugieren numerosas explicaciones. Esto es aun más pronunciado si los entrevistados continúan en su actividad política; por ende, el entrevistador tiene que prevenirse en contra de un testimonio que explica el pasado en función del presente. Asimismo, tienden a ser herméticos y resistir la

3. Laura Pasquali, Guillermo Ríos y Cristina Viano. *Culturas militantes. Desafíos y problemas planteados desde una abordaje de historia oral*. Taller. *Revista de Sociedad, Cultura y Política*. Vol. 8, No. 23, marzo 2006.

4. *Ibid.*, 65, 66.

profundización o cualquier tipo de cuestionamiento a una historia cuidadosamente construida. Inclusive, como el entrevistador “sabe” con quién está hablando, se encuentra en una situación de subordinación, donde supone que el entrevistado es conocedor del tema, e inclusive expresa deferencia y un exagerado respeto por lo que se testimonia. En realidad, estos testimoniantes contribuyen y aportan cosas importantísimas desde su lugar privilegiado de dirigentes, pero al mismo tiempo tienden a tomar control de la entrevista y llevarla por los derroteros que ellos desean. El entrevistador, lejos de construir una fuente oral, se convierte entonces en alguien que meramente registra lo que le quieren decir.

A diferencia de lo anterior, los “primerizos” o sea aquellos que no han sido entrevistados antes, tienen una frescura y espontaneidad útil al investigador. Pero también, tienden a presentar sus recuerdos en forma poco organizada y mezclada con cuestiones que ya sea no vivieron y les contaron, o que son parte de la historia oficial. En este caso, el entrevistador debe arbitrar los medios para ir organizando el relato, separar las opiniones del testificante de las de la organización. Al igual que los “avezados”, estos testimoniantes también articulan el pasado en función del presente. Sin embargo, una diferencia fundamental es que los primeros tienden a hacerlo para explicar su derrotero posterior, mientras que los “primerizos” lo hacen en función de explicarse a sí mismos qué pasó.

En ambos casos, el entrevistador debe darse una estrategia flexible para que la entrevista sea lo más rica y útil posible. Esta debe ser ajustada a las características del investigador y a sus objetivos. Por ejemplo, en mi caso, recorro a la “historia de vida” no sólo para situar lo que luego se expresa, sino también para que el entrevistado “naturalice” la militancia y la política en el contexto de su vida. En el caso de los “primerizos”, busco de insertar referencias “organizadoras”: ¿cómo era?; ¿eso lo piensas hoy o en aquel entonces?; ¿cómo sentías eso?; ¿qué hizo en tal o cual evento o hecho histórico? En el caso de los “avezados” se trata de “desestructurar” un relato muy armado, y previo, con referencias a los sentimientos y la persona: ¿qué pensaba tu familia de tu militancia?; ¿cómo era la relación con tus hijos?; ¿cómo te sentías ante la muerte de fulano? En ambos casos trato de insertar un elemento de contraste, por ejemplo: ¿qué era el socialismo para usted? Obviamente, si los objetivos del proyecto determinan que se recurre a la “historia en profundidad”, también debe elaborarse una estrategia que permita controlar la entrevista.

Lo que debe quedar en claro es que entrevistar a militantes es una tarea ardua y sumamente compleja. De hecho, si la historia oral en sí es algo que parece simple (como dijo uno de mis alumnos “agarro mi grabador y hago entrevistas”), la realidad es mucho más difícil. De hecho, entrevistar a militantes es, quizás, una tarea con complejidades y vericuetos que sólo se pueden contar en base a la experiencia. Yo he hecho varios cientos de entrevistas, en general con obreros, las más con militantes y activistas. Algunas fueron simples; el entrevistador y el entrevistado dialogaron en condiciones óptimas y surgió una empatía que hizo la entrevista fluida y profunda. En otras, la entrevista se asemejó a un campo de batalla donde ambas partes chocaban sin entenderse. Las hubo complejas donde el entrevistado decidió, durante el transcurso, que no quería brindar testimonio y ponía fin a la reunión; o donde los recuerdos eran tan duros que daban lugar a llantos, rabias, enojos, y sentimientos que habían estado escondidos durante años. Y también hubo entrevistas donde el entrevistado murió entre una sesión y otra. Por mi parte, a veces logré cumplir mi función adecuadamente y otras fracasé miserablemente. En algunas el antagonismo fue tan grande que nos peleamos y la entrevista tuvo que ser abandonada. En otras no logré aproximarme a una comprensión del entrevistado y por ende la entrevista fue muy pero muy pobre. A veces el cansancio y las emociones limitaban mi desempeño, en otras era difícil impedir que la empatía no se convirtiera en simpatía y

desvirtuara la entrevista. La mayoría de mis entrevistados eran “primerizos” e hicieron ingentes esfuerzos por hacerme entender lo que habían vivido, por responder a mis inquietudes, y por comprender lo que, muchos recién entonces, descubrían como su protagonismo e importancia histórica. Algunos utilizaban la situación de entrevista para “hacer catarsis”. Esto último es importante, porque el investigador no debe cruzar la fina frontera entre la solidaridad humana y afectiva, y convertirse en un psicólogo sin mérito para serlo.

Una vez realizada la entrevista el investigador pasa a “hacer” historia oral en sí, o sea al análisis. Ha construido una fuente que ofrece datos duros, interpretaciones y, sobre todo, una subjetividad. En general, los entrevistados militantes no nos mienten excepto por el uso de los énfasis y silencios. Por lo menos en mi experiencia, si me van a mentir no me otorgan la entrevista. Esto no quiere decir de ninguna manera que lo que relatan sea “verdad”, más bien es lo que ellos aceptan como tal. En esto es fundamental que el entrevistador, al analizar la entrevista, desarrolle lo que podemos denominar un “criterio de verdad”. Todo entrevista tiene una lógica, y toda entrevista debe ser cotejada con los datos disponibles. Por lo tanto, y al igual que en el caso de analizar fuentes escritas, el historiador establece pautas y parámetros de “probabilidad”. ¿Es factible que lo que se cuenta sea cierto? Otra vez, es raro que sea mentira. Lo más común es que en un relato, que el testificante siente verídico, se encuentren pautas que se pueden constatar como tales, otras que se pueden constatar como falsas o improbables, y una cantidad de cuestiones que debemos ejercer una opinión según nuestros indicios de probabilidad. En general aceptamos como “probable” (a menos que existan datos fehacientes contrarios) aquellos aspectos que hacen a “lo personal”: cuánta gente y quiénes participaban de la célula; cuál era la adhesión política de los padres; fulano me dijo tal cosa; “nosotros no discutimos la política frente a las elecciones”. En cambio cuestionamos/interrogamos aquellos elementos que no lo son. Por ejemplo, ante una respuesta de “nuestra política era tal”, la siguiente pregunta podría ser “¿cómo la entendían ustedes?”. Esto porque la “política” se puede cotejar en la documentación disponible, pero la comprensión de la misma no y da un parámetro para evaluar no sólo si era “la política” si no (y mucho más importante) cómo la entendía el militante.

Además de la información, tanto objetiva como subjetiva, que brinda la entrevista, el investigador debe prestar atención a su estructura y su lenguaje. El cómo el entrevistado comienza la entrevista es fundamental ya que indica el “tono” que quiere establecer y cómo se ubica. En esto hay mucha diferencia entre “primerizos” y “avezados”. Los “primerizos” tienden a ceñirse a la pregunta; mientras que los “avezados” apuntan a “hacer” una introducción que aclare desde dónde se sitúan para responder. Asimismo, el léxico que utilizan, y la especificidad de las anécdotas tienden a marcar (reforzar) una cierta identidad militante, o inclusive a tomar distancia de la misma, sobre todo si se quiere criticar o marcar que fue algo del pasado y no actual. Por ejemplo, un viejo guerrillero fue preguntado cómo era su responsable militar: “Vino a una reunión y dijo ‘quiero sangre en las calles...’ ¿Qué dijo el testificante? En realidad la imagen que busca dar con esta expresión, y en el contexto de su percepción, es una valoración fuertemente negativa. De hecho, la crueldad siempre es patrimonio del enemigo, como bien señaló Portelli⁵, y el testificante estaba señalando que su responsable compartía actitudes con los represores. Algo similar ocurre cuando el testimonio pasa de generalidades y se adentra en anécdotas específicas. En general, cuanto más detallada, la anécdota es ilustrativa de la importancia que le otorga el entrevistado. En general, por lo menos en mi experiencia, cuando el entrevistado militante quiere hacer alguna afirmación política o señalar alguna lección o conclusión que ve como importante lo hace a través de ejemplificar con anécdotas. Esto es en parte una cuestión cultural (que va de lo personal a lo social, y extiende la experiencia del individuo al colectivo), pero también lo es de formación política. Casi toda la

5. Alessandro Portelli, *Nosotros queríamos la piel de los fascistas. Violencia, imaginación y memoria en un episodio de la guerra partisana*; Cuahutemoc Velasco Avila (coord.). *Historia y testimonios orales* (México: INAH, 1996).

izquierda latinoamericana se ha formado en la tradición bolchevique por la cual el análisis (“la línea”) general se construye a partir de experiencias particulares.

La entrevista también se ve fuertemente marcada por el resultado percibido de la militancia. Una cosa es un testimonio brindado desde la derrota y con la perspectiva del sobreviviente y otra, muy distinta, es el del militante que ha triunfado o que se siente triunfador. Los primeros tienden a hacer girar su testimonio en torno a su balance sobre las causas de las muertes y el fracaso, con una tendencia a buscar y presentar los problemas de la militancia. En cambio, los segundos enfatizan los éxitos y lo “correcto” de sus propuestas.

Más allá de lo anterior, y por lo menos en mi experiencia, la gran mayoría de los testimoniados ven su período militante con una gran cuota de alegría, donde “fue lo mejor que he hecho en mi vida”. Esto es importante en cuanto a la subjetividad ya que transmite una sensación de protagonismo histórico y unas reivindicaciones de estructuras de sentimiento que se asemejan a las cristianas ya que lo que se presenta es una vida “en función de otros” y de un mundo mejor. Asimismo, esto implica una advertencia al analista ya que puede dotar a la fuente de una sensación de optimismo que no necesariamente era la registrada en la época.

Por otro lado, todo análisis de entrevistas a militantes debe tomar en cuenta el problema de “la imagen”. Esto ocurre en dos instantes distintos. El primero es durante la construcción de la entrevista. Son muy pocos los militantes que aceptarían que tenían características que la organización consideraba negativas; cuando se las admite es en función de cómo se iban superando. En general, tenemos que prestar cuidadosa atención a lo que se dice y no se dice para lograr trascender la construcción de la propia imagen militante hacia lo humano con todas sus contradicciones para la persona política. El segundo instante puede ocurrir años más tarde, cuando el entrevistado por distintas razones decide que, si bien dijo precisamente eso, “no es la imagen que quiero dar”. Aquí surge un problema ético y político: la fuente ha sido construida de a dos (o más), ¿a quién pertenece? Esto no es un problema legal ya que el entrevistado puede haber firmado una autorización, sino que es un problema ético. Y también lo es político. Casi todos los que nos dedicamos a entrevistar militantes tenemos objetivos políticos, a veces implícitos y otras veces explícitos. Con los años cambia la coyuntura, cambiamos nosotros, y cambian nuestros entrevistados. Sin embargo, una vez que se construyó la fuente oral, si bien la interpretación puede cambiar, los datos que contiene (o sea, las preguntas y las respuestas) quedan inamovibles. Si teníamos ciertos fines cuando la construimos y estos cambian, ¿la podemos utilizar o estamos traicionando una confianza depositada en nosotros?

Un problema serio en el análisis de este tipo de entrevista es que el investigador tiende a proyectar criterios y valores desde el hoy, y buscar aspectos que era imposible encontrar en la época. Asimismo, existe una tendencia a juzgar desde las preferencias propias y proyectar las preferencias políticas o ideológicas sobre el análisis del testimonio. Un ejemplo puntual de esto es cuando se entrevistan guerrilleros: se los juzga por el ejercicio de la violencia, o por no haber valorado “la democracia”. Esto puede caer en juicios ahistóricos, y el único control del mismo reside en haber hecho un trabajo previo que lleve a investigador a comprender la época y su lógica, tanto política como cultural.

La seguridad es un elemento importante a todo análisis y utilización de entrevistas a militantes. El entrevistador debe tener conciencia de que el testimoniado puede, inadvertidamente, otorgar información que ponga en riesgo su seguridad física o la de otras personas. En ese sentido, y más allá de lo que recomienden o soliciten los distintos acervos de fuentes orales, debemos ser cuidadosos con nombres, datos, y

referencias que quedan depositados o que son publicados. Una vez fuera de las manos del entrevistador y del entrevistado no existe un control posible sobre las consecuencias imprevistas de la fuente oral construida. Es responsabilidad del entrevistador, al que se ha otorgado la confianza del entrevistado, preservar la seguridad del mismo.

El análisis es central a la historia oral y la construcción de una interpretación histórica. El mundo militante es algo que, rara vez, queda registrado en las fuentes escritas, y a su vez es central para comprender un momento político o social. ¿Cómo comprender una movilización social, un movimiento armado, una huelga, una revolución, un espacio intelectual marxista, sin acceder a la información, los sentires, la subjetividad de aquellos militantes y activistas que lo gestaron? Más aun, estas fuentes permiten acceder a una sociedad y a una cultura determinada que gestaron a una izquierda latinoamericana que ha sido importante en el desarrollo histórico y social de la región. La izquierda en sí no es importante si no como forma de cuestionar, o sea presentaba un prisma particular a través del cual se podía ver y considerar un proceso histórico determinado más allá de los prejuicios y los mitos.